

hay para qué decir que todo este lujo estaba algo deslucido por el transcurso de los años; también los dorados habían envejecido, mas por lo mismo gustaba permanecer allí y se sentía como un resto del perfume de aquellos sesenta años de locura en que gobernó el rey bien amado.

Cuando Margot se vió sola en la sala, acercóse tímidamente á la ventana. Examinó primero los dorados grifos que había á cada lado de la bañera y no se atrevió á meterse en el agua, que le parecía por lo menos agua de rosas; metió muy despacio una pierna, luego la otra, y después permaneció en pie contemplando el entrepaño. Margot no sabía una palabra de pintura; las ninfas de Boucher la parecieron diosas y no imaginaba que semejantes mujeres pudiesen existir en la tierra, ni que pudieran comer con unas manos tan blancas, ni andar con unos pies tan pequeños. ¿Qué no hubiera dado Margot por ser tan hermosa como ellas? Ignoraba que con sus manos curtidas valía cien veces más que aquellas muñecas. Un leve movimiento de la cortina la arrancó de su distracción; estremeciése ante la idea de ser sorprendida en el estado en que se encontraba y se sumergió en el agua hasta el cuello.

Al punto se apoderó de Margot una dulce sensación de bienestar. Como los niños hacen, empezó por jugar en el agua con la punta de su peineador; entretúvose luego en contar las flores de la sala y después examinó los amorcillos, pero encontró feos sus gruesos vientres. Apoyó su cabeza en el borde de la bañera y miró por la ventana entreabierta.

La sala de baño estaba en el piso bajo y la ventana daba al jardín. No era aquel un jardín

á la inglesa, sino un jardín antiguo á la usanza francesa, que vale tanto como cualquiera otro: había hermosos paseos enarenados y bordeados de bojés; grandes cuadros cubiertos de flores matizadas de colores vistosos; lindas estatuas aquí y allá, y en el fondo un laberinto en forma de seto. Margot contemplaba el laberinto, cuya entrada tenebrosa la ponía meditando: recordaba el juego del escondite, y pensaba que en las revueltas del seto debía de haber excelentes agujeros donde meterse.

Un joven guapo, vestido de húsar, salió en aquel momento del laberinto y se dirigió hacia la casa. Después de atravesar el *parterre* pasó tan cerca de la ventana de la sala de baño que sacudió la persiana con el brazo izquierdo. Margot no pudo contener un leve grito que la sorpresa la ocasionó; el joven se detuvo, abrió la persiana y asomó la cabeza; vió á Margot en el baño, y aunque era húsar se puso colorado. Margot se puso también encarnada y el joven se alejó.

## IV

Hay bajo la capa del cielo una cosa desagradable para todo el mundo, y, sobre todo, para las jóvenes: ello es que la cordura es un trabajo y que tan sólo para ser razonable precisa esforzarse grandemente, mientras que para hacer tonterías basta con dejarse deslizar blandamente.

Homero nos enseña que Sisifo era el más cuerdo de los mortales. Sin embargo, los poetas le condenan unánimes á empujar una voluminosa roca hacia lo alto de una montaña, de donde cae de nuevo encima del desdichado que vuelve

constantemente á su labor. Los comentadores se rompieron los cascos buscando la causa de este suplicio; mas por lo que á mi respecta no dudo que con esta hermosa alegoría los antiguos quisieron representar la prudencia y la cordura. La cordura es, en efecto, una mole que hacemos rodar constantemente, y que de igual modo cae sobre nuestra cabeza. Notad que el día en que la mole se nos escapa, en nada se nos agradece el que la hayamos hecho rodar años y años, y que, por el contrario, si un loco llega por casualidad á realizar un acto razonable, todo el mundo se lo agradece de una manera extrema. La locura está muy lejos de ser una piedra: es una bola de jabón que va danzando ante nosotros y coloreándose como el arco iris con todos los matices de la creación. Acontece, es verdad, que la bola se deshace y nos lanza algunas gotas de agua en los ojos, pero al instante se forma una nueva, y para que se mantenga en el aire no tenemos necesidad sino de respirar.

Quiero mostrar con estas reflexiones filosóficas que no es extraño el que Margot se prendase algún tanto del joven húsar, el cual la había visto en el baño; y quiero decir también que por ello no ha de pensarse mal de la muchacha. Cuando el amor se mete en nuestros negocios no hay necesidad de ayudarle, y de sobra se sabe que cerrarle la puerta no es el medio más apropiado de imposibilitarle la entrada. En el caso de que hablamos entró por la ventana, he aquí cómo:

Aquel joven vestido de húsar no era otro que Gastón, el hijo de la señora Doradur, que había escapado, no sin trabajo, á los amorios de su guarnición, y que acababa de llegar á la

casa de su madre. Quiso el cielo que el cuarto donde estaba Margot estuviese situado en el ángulo de la casa y que el del joven lo estuviera también; es decir, que sus dos ventanas caían casi enfrente la una de la otra y al mismo tiempo muy próximas. Margot comía con la señora Doradur y pasaba con ella toda la tarde hasta la hora de cenar; pero desde las siete de la mañana hasta el mediodía, se quedaba en su cuarto. Gastón casi siempre estaba en el suyo á las mismas horas.

Margot nada podía hacer mejor que coser en la ventana y mirar á su vecino.

La vecindad ha dado margen en todo tiempo á grandes desdichas; no hay nada tan peligroso como una linda vecina, y aun cuando fuese fea tampoco estaría yo tranquilo, porque á fuerza de verla constantemente, sucede, tarde ó temprano, que acaba uno por encontrarla bonita. Gastón tenía un espejito redondo colgado en su ventana, como acostumbra á tenerlos los solteros; afeitábase delante de este espejo, se peinaba y se arreglaba la corbata.

Margot echó de ver que el joven tenía hermosos cabellos rubios y rizosos, por lo cual compró primeramente un frasco de aceite de violeta para cuidar de que sus cabellos negros estuvieran siempre lisos y brillantes. Advirtió, en fin, que Gastón tenía corbatas muy bonitas y que siempre las llevaba distintas. Margot compró una docena de pañuelos de los mejores que encontró en el Marais. Gastón tenía además aquella costumbre que tanto indignaba al filósofo de Ginebra, y que le indispuo con su amigo Grimm: se limpiaba las uñas como dice Rousseau, con un instrumento hecho ex profeso. Margot no era tan gran filósofo como Rousseau;

en vez de indignarse compró un cepillito, y para esconder sus manos, que eran un poco encarnadas, como dije ya, se puso mitones negros que sólo dejaban ver el extremo de sus dedos. Gastón tenía también otras lindas cosas que Margot no podía imitar; por ejemplo, un pantalón encarnado y una chaquetilla azul celeste con cordones negros. Margot poseía, es verdad, un traje de casa de franela escarlata; pero, ¿con qué substituiría la chaquetilla azul? Aparentó tener malos los oídos y se puso por la mañana un pañuelito de seda azul. Como viera que Gastón tenía el retrato de Napoleón á la cabecera de su cama, ella quiso tener el de Josefina; por último, habiendo Gastón dicho un día en la mesa que le gustaban mucho las tortillas, Margot venció su natural timidez y realizó un acto de valor: declaró que no había en el mundo quien la ganara á hacer tortillas; que en casa de sus padres las hacía siempre y que suplicaba á su madrina que gustara una de sus manos.

Así trataba la pobre muchacha de testimoniar su sencillo amor, pero Gastón no se fijaba en él; ¿cómo un joven arrojado, altivo, habituado á los placeres ruidosos y á la vida de guarnición, habría podido advertir aquel manejo infantil? Las grisetetas de Strasburgo se las arreglan de otro modo, cuando por alguién se encaprichan. Gastón comía con su madre y luego estaba en la calle todo el día, y como Margot no podía dormir hasta que Gastón se recogía, le aguardaba detrás de la cortina. Alguna vez ocurrió que el joven, viendo luz en el cuarto de Margot, preguntábase al atravesar el patio: ¿por qué no estará acostada ya esa chica? Sucedió también que al arreglarse por las mañanas lanzaba á Margot unas miradas que la penetraban

hasta el alma; pero ella apartaba al instante la mirada y de mejor gana se hubiera muerto que habría osado sostenerlas. Preciso es decir también que en el salón mostrábase muy distinta. Sentada junto á su madrina esforzábase en aparecer grave y reservada y en oír con el mayor decoro la charla de la señora Doradur. Cuando Gastón la hablaba, contestábase lo mejor que podía; pero lo que á todo el mundo extrañará es que le contestaba casi con frialdad. Que quien lo sepa explique lo que pasa en un cerebro de quince abriles; el amor de Margot estaba, por decirlo así, encerrado en su cuarto, y la muchacha daba con el amor tan pronto como en él entraba, y allí lo dejaba cuando salía; pero quitaba la llave de la puerta para que nadie en su ausencia pudiera profanar su pequeño santuario.

Ya se supondrá que la presencia de la señora Doradur hacía á Margot circunspecta y que la obligaba á reflexionar, porque la recordaba la distancia que la separaba de Gastón. Otra que no hubiera sido Margot se hubiera acaso desesperado por ello, ó más bien se habría curado, viendo el peligro de su pasión; pero Margot no se preguntó nunca, ni siquiera en lo más profundo de su corazón, para qué su amor la serviría; y, en efecto, ¿hay pregunta más vacía de sentido que la que constantemente se dirige á los enamorados, cuando se les dice: ¿qué fin persigues con tu pasión? El fin que persigue es amar.

Tan pronto como Margot despertaba saltaba de la cama, y sin tener la precaución de calzarse, apartaba un poco la cortina para ver si Gastón había abierto las persianas. Cuando éstas permanecían cerradas, acostábase de nue-

vo y se ponía al acecho para oír el ruido de la falieba, el cual nunca la engañaba. Llegado este precioso instante se ponía las zapatillas y la bata, abría á su vez sus persianas é inclinaba la cabeza á uno y otro lado, para ver si hacía buen tiempo. En seguida empujaba una de las hojas de la ventana, de suerte que sólo Gastón la viera; luego colocaba el espejo en una mesita y peinaba sus hermosos cabellos. No sabía que una coqueta verdadera sólo se deja ver cuando está ataviada y no se muestra cuando se arregla: como Gastón se peinaba frente á ella, ella se peinaba frente á él. Oculta por el espejo arriesgaba miradas tímidas, presta á bajar los ojos en cuanto Gastón la veía. Cuando sus cabellos estaban bien peinados y rizados, se ponía la gorrita de tul bordada á la usanza aldeana, que no había querido desechar: la gorrita era siempre blanca, y lo mismo el cuello que cubría sus hombros asemejándola á una monjita. Entonces permanecía con los brazos al aire, en jubón corto, aguardando el desayuno, que le servía la señorita Pelagia en una bandeja, escoltada por un gato de la casa, mueble indispensable en el Marais, y que ninguna mañana dejaba de cumplimentar á Margot. El animalito gozaba del privilegio de acomodarse en una poltrona, frente á la joven, y compartía su desayuno, lo cual, como puede suponerse, era para ella ocasión de coqueterías muy lindas. El gato, que era viejo y estaba cascado, enroscado en una butaca, cogía con gravedad los besos que no eran para él. Margot le atormentaba, le ponía en sus brazos, le echaba en la cama, acariciándole unas veces é irritándole otras. En diez años que llevaba en la casa nunca se había visto tan festejado, y no por

ello se encontraba satisfecho, precisamente, sino que tomaba las cosas con filosofía, porque tenía un buen natural y mucho afecto á Margot. Una vez tomado el café, acercábase de nuevo á la ventana, se hacía cargo del estado atmosférico y luego entornaba, sin llegar nunca á cerrar por completo. Para quien hubiera tenido olfato de cazador, era aquel el instante preciso de ponerse al acecho. Margot acababa de ataviarse. ¿Es posible asegurar que se dejaba ver? En manera alguna: moría de miedo de que la viesen y de deseos por dejarse ver. ¿Y Margot era muchacha prudente? Sí; prudente, honrada é inocente. ¿Qué hacía? Se calzaba y se vestía, y de cuando en cuando hubiera podido vérsela por la hendidura de la ventana, alargando el brazo para coger un alfiler de la mesa. ¿Y qué hubiera hecho al notar que la miraban? Al punto habría cerrado la ventana. ¿Por qué, entonces, la dejaba abierta? Preguntádselo, yo nada sé.

Tal era la situación de aquella casa, cuando cierto día la señora Doradur y su hijo celebraron una larga entrevista, que tuvo por resultado algo de misterioso que nadie llegó á saber. Pocos días después la señora Doradur dijo á Margot: «Querida hija, vas á volver á ver á tu madre, pasaremos el otoño en la Honville.

## V

La residencia de la Honville estaba situada á media legua de Chartres, próximamente, de la granja que habitaban los padres de Margot, y aunque no podía llamarse castillo, era una casa hermosísima con un gran parque. La señora Doradur vivía en ella rara vez y hacía muchos

años que la ocupaba su administrador. Este viaje precipitado y las conversaciones secretas entre el joven y la anciana señora, sorprendían á Margot y la inquietaban.

Dos días hacía que la señora Doradur había llegado y todavía no se habían desembalado todos los paquetes, cuando por la llanura se vieron avanzar diez colosos andando en buen orden: era la familia Piedeleu, que iba á cumplimentar á la dama: llevaba la madre un cesto de frutas, los hijos ramos de flores y el padre dos gruesos melones que había escogido él mismo como los mejores de la huerta. La señora Doradur acogió estos presentes con su bondad habitual, y como había previsto la visita de sus arrendadores, sacó de su armario ocho chalecos de seda rameada para los muchachos, una pieza de puntilla para la madre Piedeleu, y para el padre un hermoso sombrero de fieltro, de amplias alas, cuya cinta estaba sujeta con un alfiler de oro. Cambiadas las primeras palabras, compareció Margot radiante de salud y alegría. Luego que todos la besaron, su madrina entonó su elogio con voz segura, encareció su dulzura, su cordura y sus talentos, y las mejillas de la muchacha, encarnadas como la grana con los besos que había recibido, se encendieron de una púrpura más viva. Viendo la madre Piedeleu los atavíos de Margot consideró que debía ser feliz, y como buena madre, no pudo resistir á la tentación de decirle que en su vida había estado tan bonita.

—En verdad,—añadió el buen hombre.

—Es la pura verdad,—repitió una voz que hizo estremecer á la joven hasta lo más hondo de su pecho: era la de Gastón que acababa de entrar.

En este momento todos vieron en el recibimiento á Pierrot, el que cuidaba los gansos, que tanto había llorado cuando Margot se fué. Había seguido á sus amos á distancia y como no se atreviera á entrar en la sala, saludó de lejos, espantado.

—¿Quién es ese muchachito?—dijo la señora Doradur.—Acércate, pequeño; ven á darnos los buenos días.

Pierrot saludó de nuevo, pero nada pudo decirle á entrar; se puso colorado como la grana y echó á correr como si le persiguiesen.

—¿Será verdad que me encuentran bonita?—se repetía Margot en voz baja, paseándose sola por el parque cuando su familia hubo partido. —¡Vaya un arrojo que me gastan los jóvenes para decir cosas semejantes delante de todo el mundo! Y yo que ni siquiera me atrevo á mirarle de frente... ¿Cómo es posible que me diga en alta voz una cosa que yo no puedo oír sin ponerme colorada? Menester es que esté bien acostumbrado á que lo diga con indiferencia, y sin embargo, decir á una mujer que le parece á uno bonita, es demasiado: parece así como una declaración de amor.

Ante esta idea Margot se detuvo, preguntándose lo que sería á punto fijo una declaración de amor. Había oído hablar mucho del asunto, pero no acertaba á darse cuenta clara. ¿Cómo se dice que se ama?—se preguntaba,—y no podía imaginar que bastase con decir: «os quiero». Parecía que debía ser otra cosa muy distinta, algo así como un secreto: un lenguaje particular, algún misterio lleno de encantos y peligros. Sólo había leído una novela y no se acordaba del título: era un tomo suelto que había encontrado en el granero de su padre, en

el cual se hablaba de un bandido siciliano que raptaba una religiosa; allí se leían algunas frases ininteligibles que juzgaba fuesen palabras de amor, pero había oído decir al cura que todas las novelas eran pura simpleza, y ardía en deseos de conocer la verdad, nada más que la verdad: ¿mas á quién iba á preguntársela?

El cuarto de Gastón en la Honville no estaba tan cerca del suyo como el de Paris. ¡Adiós ojeadas furtivas y ruido de la falleba! Todos los días, á las cinco de la mañana, la campana sonaba débilmente: era el guarda que despertaba á Gastón tocando una campana puesta cerca de su ventana; el joven se levantaba ó iba de caza. Oculta detrás de su ventana, veíale Margot rodeado de sus perros, con el fusil en la mano; luego desaparecía en la niebla que cubría los campos. Seguíale con la vista con igual emoción que si hubiera sido una cautiva castellana, cuyo amado se encaminase á Palestina. A veces sucedía que, Gastón, en lugar de abrir el primer vallado, hacia que el caballo lo saltase. Entonces Margot exhalaba suspiros ignorados, juntamente dulces y crueles; figurábase que en la caza se corrían tremendos peligros, y cuando Gastón volvía á la caída de la tarde, cubierto de polvo, le miraba de pies á cabeza para convencerse de que no estaba herido, cual si volviese de un combate; pero cuando le veía sacar una liebre ó un par de perdices y dejarlas en la mesa, parecíala ver á un guerrero vencedor cargado con los despojos del enemigo. Pero una vez sucedió lo que temía: el joven cayó del caballo al saltar un seto en medio de unas matas de espinos y se hizo algunos arañazos. ¡Qué emociones tan tremendas ocasionó ese ligero accidente!

La prudencia de Margot estuvo á punto de naufragar; faltóle poco para caer enferma y se la vió juntar las manos y rezar devotamente. ¿Qué no hubiera dado ella porque la hubiesen consentido enjugar la sangre que brotaba de la mano del joven? Se metió en el bolsillo el mejor pañuelo bordado, y aguardó impacientemente la ocasión de sacarlo para que Gastón pudiese envolver un instante su mano; pero ni siquiera tuvo tal consuelo. El insensible mozo, estando cenando, desechó el pañuelo de Margot y envolvió la mano en la servilleta. La joven sintió por ello tal despecho, que sus ojos se llenaron de lágrimas.

Sin embargo, no podía pensar que Gastón menospreciara su amor; lo ignoraba, ¿qué remedio ponerle? Unas veces, Margot se resignaba, y otras se impacientaba; los acontecimientos más indiferentes eran para ella unas veces causa de alegría y otras de tristezas. Una palabra afectuosa, una simple mirada de Gastón, la hacían dichosa un día entero; si cruzaba el salón sin fijarse en ella, si se retiraba por la noche sin saludarla, como acostumbraba, la muchacha pasaba la noche buscando en qué había podido disgustarle. Si por casualidad se sentaba junto á ella y la echaba un piropo, resplandecía de gozo y de reconocimiento; y si cuando cenaba dejaba un plato que ella le ofrecía, imaginábase que no la quería.

Algunos días llegaba á compadecerse á si misma y hasta dudaba de su belleza creyéndose fea toda una tarde. Otras veces, el orgullo femenino fermentaba en su pecho, y otras, frente á su espejo, levantaba sus hombros de despecho pensando en la indiferencia de Gastón. Se encolerizaba y se desanimaba, tiraba sus

vestidos y se calaba el gorro hasta los ojos; un movimiento de altivez despertaba su coquetería; de pronto se presentaba á la mitad del día ataviada con sus mejores adornos y su traje del domingo, como para protestar con todas sus fuerzas contra la injusticia del destino. Margot, en su nuevo estado, conservó los gustos de su infancia. Mientras Gastón estaba de caza, pasaba las mañanas en la huerta; sabía manejar muy bien la regadera y la azada, y más de una vez dió un buen consejo al hortelano; la huerta se extendía frente á la casa y servía á la vez de *parterre*; las flores, los frutos y la verdura, se tocaban unos con otros. Margot gustaba, sobre todo, de un gran melocotonero cargado de fruto; lo cuidaba extremadamente y de él cogía algunos para el postre; había en el árbol un melocotón mucho más grande que los demás; Margot no acababa de decidirse á cogerle; le veía tan aterciopelado y de un tan hermoso color de púrpura, que no se atrevía á arrancarlo del árbol, pareciéndola un crimen el comérselo; nunca pasaba junto al árbol sin admirarlo, y había recomendado al jardinero que de ningún modo tocase aquel fruto, so pena de incurrir en la cólera y censuras de su madrina y aun en las suyas propias. Un día, á la caída de la tarde, Gastón, volviendo de cazar, atravesó la huerta; apresurado por la sed, levantó el brazo al pasar junto al árbol y la casualidad hizo que arrancase el fruto favorito de Margot, del cual tiró un mordisco sin compasión ninguna; ella estaba algunos pasos de allí, regando unas plantas, y corrió al instante hacia Gastón, pero el joven, que no la veía, continuó su camino. Después de haber dado uno ó dos bocados, arrojó el melocotón y entró en la casa.

Margot había visto, desde luego, que su melocotón querido se perdió para siempre. El brusco movimiento de Gastón y el menosprecio con que arrojó el fruto, produjo en la joven un efecto extraño é inesperado. Estaba desolada y encantada al mismo tiempo, porque pensaba que Gastón debía tener mucha sed á causa del calor que hacía, y además, porque el melocotón debió gustarle. Cogió del suelo el melocotón, y después de soplarle un poco para quitarle la tierra, miró si alguien la miraba y lo besó furtivamente; pero no pudo menos de morder el fruto á su vez para ver cómo sabía; yo no sé qué idea singular cruzó por su mente, y pensando acaso en el fruto ó en ella misma quizá: «¡Perverso mozo—se dijo,—cómo malgastáis sin saberlo!»

Pido perdón al lector por las niñerías que le cuento; pero, ¿cómo referir otra cosa siendo una niña mi heroína? La señora Doradur había sido invitada á comer en un castillo de los alrededores. Llevó consigo á Gastón y á Margot; separáronse muy tarde, y era ya noche cerrada cuando emprendieron el camino de la casa. Margot y su madrina ocupaban el fondo del carruaje; Gastón, sentado en la delantera, como no tenía nadie á su lado, se tendió en el asiento, de suerte que estaba casi acostado. La luna brillaba en todo su esplendor, pero el interior del carruaje estaba obscuro, y sólo algunos rayos de luz penetraban de vez en cuando; la conversación iba languideciendo: una buena comida, algún cansancio, la obscuridad y el blando balancear de la berlina, todo invitaba al sueño á los viajeros. La señora Doradur se durmió primero, y al dormirse puso un pie en el asiento delantero sin preocuparse de si molestaba á Gastón. El viento

era fresco: un recio mantón cubría las rodillas de la dama y envolvía juntamente á la madrina y á la ahijada. Margot, metida en un rincón, no se movía, aunque estaba bien despierta; pero tenia mucha curiosidad por saber si dormía Gastón; parecíala que teniendo ella los ojos abiertos, él también debía tenerlos; le miraba sin verle y se preguntaba si él hacía lo mismo; cuando la claridad se deslizaba en el carruaje, ella se arriesgaba á toser ligeramente. Gastón estaba inmóvil y Margot no se atrevía á hablar por no despertar á su madrina. Sacó la cabeza por la ventanilla y miró hacia fuera; la idea de un viaje largo tiene tanta semejanza con la de un amor dilatado, que al ver brillar la luna en los campos olvidó al punto que estaba en el camino de Honville; cerró un poco sus párpados, y al mismo tiempo que miraba pasar los árboles, se figuró que partía para Italia con la señora Doradur y su hijo. Este ensueño, como puede suponerse, llevóla al punto á muchos otros, y tan dulces que se sumió en ellos por completo; vióse al punto, no ya la mujer de Gastón, sino su prometida, corriendo el mundo, amada por él y con derecho á amarle; al fin del viaje estaba la dicha, esa palabra encantadora que Margot se repetía constantemente y que por fortuna ella comprendía tan poco. Para mejor ilusionarse cerró los ojos por completo, se adormeció, y por virtud de un movimiento involuntario hizo lo que la señora Doradur: extendió el pie hacia el asiento que habia frente á ella é hizo la casualidad que la pusiera precisamente en la mano de Gastón. Este pareció no advertir nada, pero Margot despertóse sobresaltada, sin que por ello retirase su pie enseguida, apartándolo aun lado. Su ilusión le habia mecido

tan á maravilla, que ni el mismo despertar la arrancó de ella; poco á poco la ilusión fué desvaneciéndose; Margot comenzó á pensar en la locura que acababa de hacer. «¿Lo ha hechado de ver?—se preguntó.—¿Duerme, ó aparenta dormir? Si lo advirtió, ¿cómo no quitó la mano? Y si duerme, ¿cómo no ha despertado? Acaso me menosprecia demasiado para dignarse mostrarme que ha sentido mi pie; acaso está muy á gusto simulando no sentirlo y aguarda que vuelva yo á comenzar; acaso cree que yo misma estoy dormida. No es agradable en modo alguno tener en la mano el pie de una persona, á menos que se la quiera. Mi zapato habrá manchado su guante, porque hoy hemos andado mucho; pero quizá no quiera fijarse en tan poca cosa. ¿Qué diría si yo hiciera lo mismo otra vez? Pero bien sabe que yo nunca me atreveré; acaso adivina mi incertidumbre.» Al propio tiempo que de esta suerte reflexionaba retiró despacito su pie con toda la precaución posible; este piecечito temblaba como la hoja en el árbol; á tientas, en la obscuridad, tocó de nuevo los dedos del joven, pero tan ligeramente, que Margot misma apenas pudo advertirlo. Nunca su corazón habia latido tan deprisa; creyóse perdida é imaginó que habia cometido una imprudencia irreparable. «¿Qué va á pensar de mí?—se pregunto.—¿Qué opinión habré de merecerle? ¿Qué es lo que va á sucederme ahora? Ya no me atreveré á mirarle á la cara. Mal estaba hacer lo primero que hice, pero ahora las cosas están peor. ¿Cómo podré probar que no lo hice de intento? Los jóvenes no quieren nunca creer nada; se burlará de mí y contará á todo el mundo lo que ha pasado; á mi madrina, quizá, y mi madrina se lo dirá á mi padre; ya no podré volver al pie-



ble; ¿dónde iré? ¿qué será de mí? Será inútil que me defienda; verdad es que le toqué dos veces, y que nunca mujer alguna hizo cosa semejante. Después de lo que acaba de pasar, lo menos que puede sucederme es que me echen de la casa.

Margot se estremecía ante esta idea; buscó el medio de justificarse y proyectó escribir al siguiente día una larga carta á Gastón, en la cual le explicaría que cómo estaba distraída había puesto el pie en su mano, que le pedía perdón y que le rogaba que lo olvidase todo. «¿Pero y si no dormía?—pensó—¿y si sabe que le quiero? ¿y si adivinó mi pensamiento? ¿y si me habla de la aventura antes que yo á él? ¿y si me dijera que me quería?»

El carruaje se detuvo en este momento. Gastón, que dormía á pierna suelta, extendió los brazos al despertar sin ningún género de miramientos; fuéronle necesarios algunos momentos para recordar dónde se encontraba, y ante este triste descubrimiento, los ensueños de Margot se desvanecieron; cuando el joven le ofreció la mano para bajar del coche, vió con toda claridad que había viajado sin compañía en medio de la soledad más triste.

## VI

Dos sucesos inesperados, uno ridículo y el otro serio, acontecieron casi al mismo tiempo. Una mañana estaba Gastón en la avenida de la casa probando un caballo que acababa de comprar, cuando un muchachuelo medio cubierto de andrajos y casi desnudo se dirigió á él con resolución y se detuvo ante su caballo. Era Pierrot, el que guardaba los gansos.

Gastón no le reconoció, y creyendo que le pedía limosna, le echó unos cuartos en la gorrera. Pierrot los guardó en el bolsillo, pero en vez de alejarse, corrió tras el jinete y se colocó á algunos pasos ante él. Gastón le dijo dos ó tres veces que se apartase, pero el chico no hacía caso; le seguía y le paraba siempre.

—¿Qué se te ofrece?—preguntóle el joven:—¿quieres hacerme dar en tierra?

—Señor—respondió Pierrot sin moverse de donde estaba,—quisiera ser vuestro criado.

—¿De quién?

—Vuestro, señor.

—¿Mio? ¿y á propósito de qué me haces esa petición?

—Para ser criado del señor.

—Yo no tengo necesidad de criado; ¿quién te ha dicho que yo buscaba uno?

—Nadie, señor.

—Entonces, ¿qué vienes á hacer aquí?

—Vengo á pedir al señor que me deje ser su criado.

—¿Estás loco ó es que te burlas de mí?

—No, señor.

—Toma y déjame en paz.

Gastón le dió unas monedas, y apartando el caballo continuó su camino. Pierrot se sentó en el borde de la calle, y Margot, que pasaba por allí, le encontró llorando á lágrima viva.

—¿Qué tienes, Pierrot, qué te sucede?

Pierrot, al pronto, no quiso responder.

—Quería ser criado del señor—dijo al fin suspirando,—y el señor no quiere.

No sin gran trabajo acertó Margot á hacerle hablar, y desde luego comprendió de lo que se trataba. Desde que había dejado la granja, Pierrot estaba melancólico por no verla. Entre